

## Yo y mi amigo el loro

Hola mi nombre es Aitor.

Yo tenía un loro llamado: Ares.

Ares y yo éramos buenos amigos, yo le enseñé mi nombre, el de mi madre, el de mi padre, y el de mi hermano. A Ares le costó un poco, pero al cabo de unos días se los aprendió. Empezaba a decir mi nombre, Aitor, empezaba a decir el nombre de mi hermano, el nombre de mi madre, y el nombre de mi padre. También aprendió, algunas palabras más, como: hola, adiós, buenos días y algunas más que decíamos normalmente.



Jugué con él a ponerle alpiste en ambos sitios, en la cocina, en su jaula, encima del mueble y encima de la cama. Le dije ya, y empezó a volar a por el alpiste, fue a la cocina, después a su jaula, luego encima del mueble y por último en la cama, fue muy rápido

a los sitios y le puse un palo con alpiste y miel.

Luego intenté que Ares se pusiera en mi dedo, lo intenté varias veces, pero no lo conseguía, le puse alpiste en mi dedo, dejé que viniese, pero no venía así que probé a ponerme en el dedo su comida favorita pero no reaccionaba, hasta que entendí lo que pasaba, estaba muy cansado, así que decidí ponerle un trozo de algodón, y al instante se posó en el algodón y se durmió, le cerré la puerta y le dejé dormir.

Un día empecé a notar que Ares, pronunciaba mal mi nombre, y desde ese día no parecía el mismo, empezaba a pronunciar mal las palabras, y no quería salir tanto como antes.

Lo llevamos al veterinario, el doctor nos dijo que podía tener pérdida de memoria, de reflejos, desorientación. podía ser una enfermedad que padecen los humanos, llamada Alzheimer.

Volvimos a casa y le colgamos un palo con alpiste con miel por si le molestaba la garganta. Al día siguiente, seguía igual pero le notaba distinto, le volví a hacer la prueba, le puse alpiste en la cocina, encima del armario y en la cama, le dije ya y se quedó en la jaula, algo le pasaba, probé a ponerle un palo, pero no lo cogía. Un día noté que se le había olvidado hablar y piar, probé diciendo hola, pero no contestaba, yo no sabía lo que le pasaba.

Al siguiente día, le abrí la puerta para que saliese a volar, pero no encontraba la puerta, así que lo saqué, voló un rato pero parecía que no encontraba la jaula, le ayudé a entrar a la jaula.

Al día siguiente le veía igual, pero, no le veía volar igual sería porque estaba cansado, pero parecía que se le había olvidado, pronto empecé a ver que estaba nervioso, decidí abrirle la puerta para acariciarlo, pero no se dejaba tocar, daba la impresión de que no sabía quién era yo, probé a decirle lo que le decía habitualmente pero nada, él no se acordaba de nada.

Volvimos al veterinario, nos confirmó que tenía la enfermedad.

Yo le pregunté qué podíamos hacer para que fuese otra vez el mismo, no hay curación, me respondió.

Pasó el tiempo, el tiempo y el tiempo, hasta que un día salió volando hasta una mejor vida.

Solo me queda un recuerdo bonito de él.